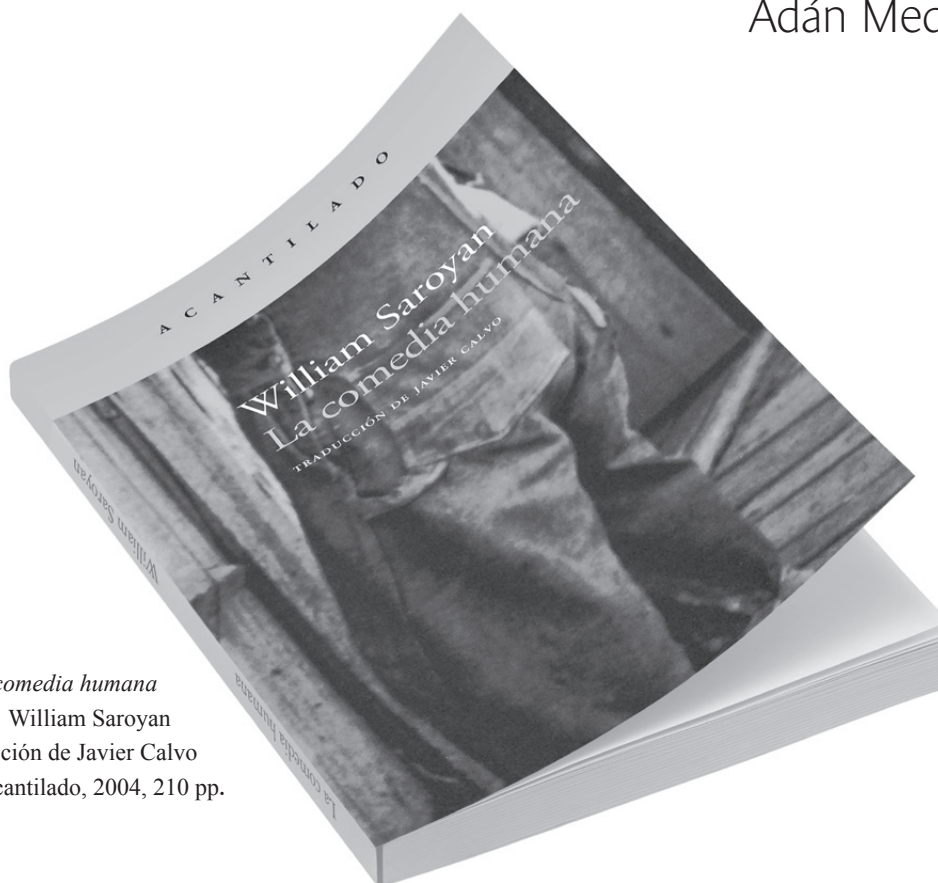


William Saroyan: Ítaca en el patio de atrás

Adán Medellín



La comedia humana
William Saroyan
Traducción de Javier Calvo
Barcelona, Acantilado, 2004, 210 pp.

AUNQUE LA GLOBALIZACIÓN DE LAS TECNOLOGÍAS DE LA INFORMACIÓN expande nuestros alcances y nos gratifica con inmediatez en la búsqueda, más allá de las pantallas de nuestros celulares, el mundo que tocamos y percibimos sigue siendo un patio trasero que se extiende en unas cuantas vías, transportes y edificios, salpicados por la novedad instantánea de algunos libros, series o *feeds* de redes sociales.

William Saroyan (1908-1981), escritor estadounidense descendiente de inmigrantes armenios, lo sabía. El mundo real es pequeño, siempre listo para extenderse o contraerse como un corazón, y una de las formas más básicas para compactarlo, antes de la era de nuestros *e-mails*, eran las oficinas de correos y telégrafos, esos sitios que concentraban y distribuían los dramas íntimos, comerciales y laborales de los núcleos urbanos y rurales.

La comedia humana narra la historia del pequeño pueblo de Ithaca, en California, desde los ojos emocionados del adolescente Homer Macauley, quien entra a trabajar en la compañía telegráfica local para ayudar a su familia tras la muerte de su padre y la partida de su hermano mayor para engrosar las filas de soldados durante la Segunda Guerra Mundial. Es 1942,

e Ithaca funciona como un microcosmos que retrata la vida de una segunda generación de inmigrantes que vivió el conflicto bélico desde la espera en Estados Unidos, en un enclave multicultural donde descendientes de italianos, armenios y judíos conviven bajo la misma bandera.

Búsqueda de la identidad y breve compendio de preguntas por el sentido del mundo, el presente trabajo de Saroyan se estructura en pequeños capítulos que narran la formación del carácter del joven Homer, quien se cuestiona las verdades y las estructuras sociales a su alrededor con cada nuevo encuentro y cada nuevo telegrama que debe entregar, y que lo llevan a descubrir las problemáticas relaciones que tejen el orden de su comunidad desde la escuela, la calle o su casa.

Asimismo, es un fresco de los destinos de personas comunes que transforman la visión de un chico inocente y lleno de dudas, que comienza a experimentar los dolores del crecimiento y la adultez obligado por las circunstancias. Homer vive un mundo de padres y hermanos ausentes en que los niños deben salir a trabajar, donde la gente se reúne a escuchar los grandes discursos de Churchill y Roosevelt, los migrantes viven en callada tensión su conversión en “americanos” y una carrera de vallas estudiantil es una lucha de obstáculos contra los prejuicios de clase.

Plagado de sencillos homenajes homéricos en los nombres de sus personajes, la narrativa de Saroyan avanza sin pretensiones mediante una prosa limpia, tierna y sencilla en breves episodios que exponen al joven Homer y al resto de la compañía telegráfica a la muerte de los soldados en el frente extranjero, la desigualdad social, los sueños de éxito de la juventud, la búsqueda del primer amor y la insatisfacción que germina en la aparente prosperidad norteamericana.

Los bares, los comercios o las calles de Ithaca permiten a Saroyan ahondar en el comportamiento humano desde la aparente simplicidad de las preguntas de Homer, su pequeño hermano Ulysses y los personajes que lo rodean. La visión infantil, en pleno desarrollo y sorprendida por el descubrimiento de los sinsentidos del mundo, enfrenta a las contradicciones de los discursos oficiales o patrióticos, por ejemplo, aquellos que vinculan el heroísmo con la muerte o el éxito con el lustre de un apellido.

Episodio tras episodio, Homer verá en Ithaca una imagen real del mundo y comprenderá que la confusión y la angustia que originan la guerra, la muerte o la soledad no es sólo suya, sino que alcanza a los adultos, un puñado de seres

tan frágiles como él que también lloran la muerte de sus hijos amados, se emborrachan para soportar el trabajo, se culpan de su incapacidad de ser felices o pretenden ocultarse de las enfermedades y la vejez que los aquejan.

Pese al contexto de los hechos narrados, *La comedia humana* es una novela esperanzada, porque confía en la redención humana gracias al contacto con otros seres semejantes “no corrompidos” —en palabras de Saroyan— que pueden transformar un intento de asalto en una revelación de la solidaridad humana, o la discusión de dos chicos de distinta clase en una lección sobre la igualdad social; entregando una obra alejada del pesimismo existencialista o la noción de absurdo que permearían la cultura posterior a la Segunda Guerra Mundial.

No me importa lo que mis criaturas parezcan en la superficie. No me engañan ni los modales elegantes ni los malos modos. Me interesa lo que hay debajo de los modales de cada clase. No me importa si una de mis criaturas es rica o pobre, brillante o lenta, genial u obtusa, con tal de que tenga humanidad, de que tenga corazón, de que ame la verdad y el honor, de que respete tanto a sus inferiores como a sus superiores. Y si las criaturas de mi clase son humanas, no quiero que todas sean humanas del mismo modo. Con tal de que no sean corruptas, no me importan sus diferencias. Quiero que cada una de mis criaturas sea ella misma. No quiero que seas otra persona solamente para complacerme o para facilitar mi trabajo. Me hartaría muy pronto de una clase llena de jóvenes damas y caballeros perfectos. Quiero que mis criaturas sean gente, todos distintos, todos especiales, que cada uno de ellos sea una variación agradable y excitante de los demás. (*La comedia humana*, V, p. 56)

Saroyan nos brinda una pieza tierna, emotiva e inteligente, que se niega a quedarse atrapada en el tiempo de su génesis, porque anticipa el espíritu de tolerancia social y empatía que llevaría a las reformas sobre los derechos civiles y la conciencia de las culturas migrantes que germinarían en la segunda mitad del siglo xx. “Si a un hombre no le ha hecho llorar el dolor del mundo solamente es medio hombre”, dirá la madre de Homer ante la toma de conciencia del muchacho.

Considerado el más célebre de sus trabajos novelísticos, la lectura de *La comedia humana*, opuesta por su sencillez y brevedad a la fecundidad balzaciana, nos recuerda que crecer es dudar y descubrir cuando se entra en el curso de la vida y que la valentía no radica en los temerarios o los más talentosos, sino en quienes se atreven a confrontar y rehacer su visión de la realidad mientras aprenden a recorrer el camino. ■